

Federico Escudero Álvarez nació en Burgos en 1981. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, ha desarrollado su labor docente de profesor de español como lengua extranjera en diferentes países como Francia, Eslovaquia, Hungría e India. Actualmente reside en Moscú. Está interesado especialmente en la literatura fantástica y en el cine de ciencia ficción, influencias que se pueden observar en su cuento. Su gran ídolo como autor de narrativa breve es el académico y escritor José María Merino.

Federico Escudero Álvarez

Burgos, 1981

Segundo Accésit

DOS TAZAS DE TÉ

Consultó en el tablón de anuncios de la facultad para saber dónde se iba a impartir la asignatura de libre elección *El saber antiguo y prohibido*. Vio en el aviso que, al haber un único estudiante matriculado, las clases tendrían lugar en el despacho del profesor.

Después de preguntar al conserje, bajó las escaleras hacia el sótano de la facultad. Los peldaños estaban desgastados, se oía cada vez con más intensidad el ruido de las calderas, los tubos de la calefacción estaban unidos por telas de araña y las manchas de humedad en las paredes dibujaban cuadros caprichosos de formas parecidas a las de un cuadro surrealista.

Según las malas lenguas, el viejo profesor había sido desterrado al sótano por su heterodoxia académica. El despacho tenía una antesala polvorienta donde las torres de revistas y libros descatalogados, además de una cafetera, apenas dejaban ver a una secretaria con dos pares de gafas, uno colgado del cuello y otro sobre su nariz.

—Pase. El profesor le está esperando.

Cuando entró en el despacho, vio las paredes decoradas por reproducciones de tapices medievales y una copia de *El jardín de las delicias*. Unos volúmenes sobre la cábala, la masonería, los rosacruces y los iluminati, las biografías de Crowley y Rasputín y los libros de Castaneda sobre las enseñanzas de don Juan presidían la estantería, entre sujetalibros de bronce en forma de pirámides y candelabros judíos.

Pero más que eso, lo que llamó la atención del estudiante fue el fuerte olor a humedad. En la esquina del techo había una mancha cercada por un moho verdoso con ampollas en la pintura a punto de caer sobre el escritorio.

El viejo profesor, de barba canosa y bifurcada, con una corbata adornada de dibujos triangulares y un alfiler en forma de compás, le indicó que se sentara mientras pasaba de una mano a otra una esfera china.

—¿Por qué ha escogido mi asignatura? —preguntó.

—Me interesa la magia en todas sus manifestaciones.

—¿Usted cree en la magia?

—No, aunque me gusta la magia como idea de ficción.

—Ya sé a lo que usted se refiere. *El señor de los anillos*, *Harry Potter*, *El código Da Vinci*... Esa narrativa se ha limitado a banalizar la magia y lo esotérico. Me imagino que los que hagan la crónica de la literatura y el cine entre el segundo y tercer milenio pensarán que la humanidad entera ha caído en un estado de regresión casi infantil.

—Quizá haría falta un Cervantes que matara esas novelas con una parodia.

—Entonces resplandecería con más brillo la verdadera magia... Bien, comenzaremos ahora mismo las clases.

Le mostró dos cartulinas en donde había dos citas en latín:

Nosce te ipsum: concóctete a ti mismo.

Sapere aude: atrévete a saber.

—El uno es el conocimiento interior, el otro, el exterior. Escoja una de las dos.

El estudiante alargó la mano y tomó la segunda cartulina.

—Quizás yo te pueda abrir las puertas a un conocimiento que haya pasado desapercibido a los otros. Pero espero que no lo utilices solo en beneficio propio ni que te olvides de tu maestro.

—Descuide —dijo mientras pensaba que todo aquello iba más allá de los objetivos previstos en una asignatura de libre elección.

El viejo profesor encendió una varita de incienso.

—La lección de hoy será larga. ¿Un té?

—Sí, gracias.

Y el viejo profesor salió a pedirle dos tes a su secretaria con orden expresa de que esperara afuera con las tazas hasta que él se lo indicara.

“Reveladora”. “Una solución definitiva al mayor enigma de la historia de la literatura española”. “La más importante investigación llevada a cabo en el ámbito literario desde Menéndez Pidal”. Esos fueron los comentarios que recibió la tesis doctoral del estudiante.

Tras haber demostrado, gracias a documentos que habían permanecido ocultos hasta entonces, que Cide Hamete Benengeli fue el autor real de *El Quijote*, que el propio Carlos V había escrito *El Lazarillo de Tormes* y que el primer acto de *La Celestina* pertenecía también a Fernando de Rojas, se encontró con que se le rendían honores académicos como nunca hubiera pensado.

Ni una sola mención en sus publicaciones al que un día había considerado como su maestro.

Sus descubrimientos le llevaron a ascender en la universidad con una rapidez desconocida hasta el momento y en poco tiempo pasó de becario de investigación a catedrático sin detenerse apenas en los escalones intermedios profesor asociado y titular.

Pero en todos los congresos y presentaciones de libros tenía como asistente al viejo profesor. Siempre entraba una vez empezado el acto, no apartaba de él sus ojos durante sus ponencias y se marchaba antes de que terminara, silenciosamente, sin formular preguntas que pudieran comprometerle.

Al principio le temía, su presencia le recordaba cómo, gracias a él, había podido encontrar documentos ocultos en bibliotecas perdidas y cómo, a partir de aquella tarde en su despacho, se habían abierto para él las puertas de un conocimiento que le había llevado a lo más alto.

Pasaron los años y recibió de manos del Rector el doctorado honoris causa. Investido con el birrete azul, consideró que la fuerza de su autoridad académica le haría aplastar a cualquiera con el peso de su inmenso prestigio. Ya no debía nada a nadie y menos a un oscuro profesor con un despacho maloliente sepultado en el sótano de la facultad.

Ahora él tenía el suyo propio. De las paredes colgaban enmarcados los títulos de sus distinciones académicas. El escritorio de madera iba a juego con las estanterías, de las que había desterrado cualquier libro que le recordara al esoterismo y a la magia y en las que estaban todas sus publicaciones.

Jugueteaba con su estilográfica de oro cuando recibió la llamada de su secretaria.

—Un señor solicita verle.

—¿Quién es?

—Dice que es su viejo profesor.

—Estoy ocupado. No podré recibirle.

A pesar de todo el viejo profesor entró y se sentó al otro lado del escritorio.

—Puesto que tengo que esperar tanto tiempo para que me atiendas, me tomaré la taza de té que le he pedido a mi secretaria.

Y en ese momento entró la secretaria con dos tazas de té humeante. Y el estudiante se encontró de nuevo en el despacho del viejo profesor, con su pared mohosa, su olor a humedad, sus burbujas en la pintura, su escritorio desvencijado, sus libros de esoterismo y ciencias ocultas y la varita de incienso a medio quemar.

Apenas podía levantar los ojos de pura vergüenza.

—Tómese su taza de té y váyase de mi despacho. Será mejor que se matricule en otra asignatura. —dijo el viejo profesor. No quiero tener otro alumno ingrato que desea el conocimiento solo como un medio para ascender: *Quod in inventute non discitur, in matura aetate nescitur*. Lo que no se aprende de joven se ignora de viejo.